

que rechaza la vieja forma de VR. Ésa es la única «refundación» que puede tener futuro¹³.

- Si la VR fuese una empresa multinacional sumida en la crisis, se jugaría la principal partida de su presupuesto en investigación y creatividad, para lograr sobrevivir en un mercado que se transforma rápidamente. Si la VR tuviese visión de futuro, invertiría sus principales energías y sus mejores recursos humanos en reinventar su futuro, en investigar la verdadera naturaleza de la crisis actual, y en asumir cualquier riesgo que fuera necesario apostando con fuerza por el futuro... Los religiosos tendrían que ser expertos en temas como la crisis religiosa actual, el cambio cultural que el mundo está dando en las sociedades avanzadas, la crítica seria a la religiosidad clásica tradicional, la crítica rasgada a todo lo que hay que abandonar antes de que hunda más a la religión clásica, la reconsideración profunda de la naturaleza de la religión... Y no deberían ser sólo expertos teóricos en estos temas, sino unos especialistas prácticos, comprometidos en su experimentación. Nada de esto nos parece estar sucediendo¹⁴.

- Es necesario respetar los ritmos y las horas de cada quien. Hay personas, generaciones e instituciones que ya han cumplido su misión. Nuestras horas no sincronizan con las de la historia. Hay que saber aceptar la hora de morir, hay que aprender el «ars moriendi», el arte de morir¹⁵: sin amargura, con esperanza, haciendo posible que de la propia muerte brote vida para los que vienen detrás, tratando de depositar la antorcha a otras manos, con confianza...

- Pero también hay que aprender el «ars vivendi», el arte de vivir la propia hora, el propio kairós histórico, sin entretenerse nostálgicamente oyendo el «más cerca oh Dios de Ti» en la popa del Titánic. Hay que saber arrancarse del pasado y emigrar al futuro, dejar de intentar recomponer lo que no tiene arreglo, y atreverse a pensar por sí mismo, a vivir personalmente, «aunque no se tenga permiso»...

¹³ Diarmuid O'MURCHU (*ibidem*, 127), atendiendo a las observaciones de Raymond HOSTIE -clásico en la materia- sobre los «ciclos de la vida religiosa», sostiene que la aparición de una nueva forma de VR «no es probable que tenga lugar al menos durante otros 70 años». Muy interesantes sus observaciones, aunque no pretenden ser adivinación del futuro.

¹⁴ Los resultados del Congreso de Vida Consagrada realizado en Roma en noviembre de 2004 parecerían confirmarlo: sus conclusiones parecen más un ejercicio de literatura, poesía e ingeniosidad conceptual, que de teología, realismo y profecía; los problemas más radicales de la Iglesia y del cristianismo de hoy, ni si quiera se mencionan: simplemente no existen. Decía Teilhard de Chardin que lo difícil no es resolver un problema, sino plantearlo... ¿Será que la VR, aun en el Sur, está perdiendo su Norte?

¹⁵ «Mi impresión es que Dios pide a la vida religiosa y a las órdenes monásticas que tengan el coraje de actualizarse verdaderamente... o que acepten morir en paz»: Marcelo BARROS, Carta circular de octubre de 2002.

¿Refundación o refundición? Refundación ya se ve que no es. La historia de los últimos 15 años lo demuestra por la escasez de resultados de la refundación de quienes la han intentado dentro del mismo sistema. Sólo refundiendo en el fuego del crisol el hierro pesado que nos lastra, y fundiéndolo en moldes nuevos, fuera del sistema que se hunde, puede haber futuro. No más intentos de re-fundar, repetir el pasado; lo que hace falta es una «mutación», un cambio sustancial.

- ¿Y en A.L.? Clásicamente el «enemigo» depredador del catolicismo en A.L. eran las «sectas». Llevamos unos pocos años en que se empieza a decir por aquí y por allá que está surgiendo otro: la indiferencia. Ha comenzado un intenso goteo continuo de fieles latinoamericanos que abandonan la Iglesia católica, pero no para irse a los nuevos movimientos religiosos, sino para pasar al indiferentismo... Esto no ha hecho más que comenzar, y va a agravarse crecientemente en los próximos años. Como ya hemos dicho, no es problema de la VR latinoamericana... sino de «la religión» en la sociedad actual, que está en trance de un cambio profundo cultural, de mutación sustancial. Aunque incipiente, esto ya es una realidad en nuestro Continente latinoamericano. Una VR que no analice esta situación con toda atención y que no tome en consideración los factores más profundos que están en juego, no podrá resolver sus problemas ni los problemas ajenos, simplemente porque no los estará siquiera planteando correctamente...

Creer que, creer a, creer en **La Palabra de Dios en el proceso de la fe**

Rev. Aragon. Teol. 23 (2006)

José Ignacio Blanco Berga

1. Introducción

En el acompañamiento de procesos de fe, tanto grupal como personal, me encuentro con frecuencia con expresiones tales como: «la fe es algo que me mueve por dentro...», «la fe es creer lo que no se ve...», «la fe son creencias...»

En sí mismas estas expresiones pueden aceptarse sin mayor dificultad. La dificultad viene cuando se producen en el ámbito de la experiencia de la propia fe o, en la mayoría de los casos, de las propias creencias.

Me atrevo a aportar alguna aclaración por si sirve para eso, para aclarar. El lenguaje tiene la virtud de expresar realidades que vivimos las personas, incluso realidades que permanecen en el corazón humano de forma inconsciente.

El verbo «creer» en castellano tiene varios sentidos. Los mismos que constituyen el título de esta aportación:

+ «*Creer que*»: expresa una opinión acerca de algún tema, de alguna idea, de alguna persona en su comportamiento, de algún acontecimiento o realidad sobre la que se pretende opinar. En el ámbito religioso no es difícil decir: «creo que Jesucristo existió».

+ «*Creer a*»: expresa el crédito o credibilidad que le damos a una persona acerca de algún acontecimiento, persona o realidad. «Creo a mis padres cuando me cuentan algo de mis hermanos».

+ «*Creer en*»: expresa la adhesión incondicional a la persona en la que creo. «Creo en mi esposa», «Creo en Jesús, mi Salvador, mi Señor».

El primer sentido expresa el contenido de las ideas que las personas tenemos acerca de realidades, sean externas a nosotros o sean internas. Se apoyan en datos, generalmente verificables, que son interpretados desde las ideas que uno tiene. Son opinables y constituyen el núcleo de lo que llamaremos «ideología» en general y «sistema de creencias» en particular, cuando me refiera al ámbito de la religiosidad.

El tercer sentido, «creer en», constituye el acto de fe, distinto de las creencias y es un acto humano complejo. Es un acto relacional con Alguien que aparece como completamente distinto de mí. Es un Tú (Dios, Jesús) al que me adhiero, comparto Su proyecto de vida, suscita en mí sintonía afectiva («feeling»). Al mismo tiempo, este acto humano (no irracional, como el pensamiento mágico) es simple. Tan simple como descansar en el Amor Absoluto, poner la propia vida en sus manos, confiar más allá de los miedos, contar con su fidelidad sin controlarla...

En la vida corriente estas dos concepciones tienden a confundirse. En comentarios radiofónicos, televisivos, e incluso, entre escritores fácilmente se confunde «fe» con «creencias» y el tono que se emplea indica que, para esos comentaristas, las creencias pertenecen no sólo al ámbito privado, sino, además, a un ámbito de menor importancia que el racional. Por ello, me parece conveniente, antes de entrar a valorar el papel que juega la Palabra de Dios en el acto de fe, hacer una distinción entre la *creencia ideológica* y la *experiencia de fe*.

2. «Creencia ideológica» y «experiencia de fe»

Marcel Légaut¹ ha estudiado con sutil finura el proceso que la ideología de cualquier tipo (incluida la religiosa) engendra en el sujeto humano, su necesidad en las primeras etapas de la vida del individuo y las consecuencias esclavizantes que impiden al hombre ser él mismo y, así, evitarle el esfuerzo de tomar la vida en sus manos.

Él define la ideología como un sistema de pensamiento que da sentido a la vida de la persona y al cual ésta se adhiere, más o menos explícitamente. La persona le atribuye significación y valor.

Al adherirse la persona a la concepción del universo que la ideología le ofrece, el hombre no realiza ninguna búsqueda personal y así no debe nada a su experiencia personal de la vida ni a una profundización que le hubiera llevado a penetrar en su existencia única e incommunicable.

De esta forma, la ideología pretende conocer todo y, especialmente, explicarlo todo. Esta pretensión da a la ideología su carácter seductor, puesto que no requiere del hombre ningún esfuerzo personal. Y la ideología lo realiza sin que el hombre se dé cuenta. Aquí radica, en mi modesta opinión, la dificultad con que nos encontramos actualmente para distinguir «verdad» y «realidad». Hay actualmente una tendencia a confundir la verdad con lo que puede ser verificado científicamente. Sin embargo, los

¹ LÉGAUT, M. "El hombre en busca de su humanidad". Ed. Asociación Iglesia Viva. Valencia (España), 1991, pp. 137-158.

misimos que así lo pretenden no se dan cuenta de que ellos mismos están viviendo otro tipo de verdad: por ejemplo, ¿es real el amor? Te responden que sí. ¿Es verificable científicamente? Te dicen que no. La relación de amor, el crecimiento en libertad desde dentro del corazón humano, la confianza entre humanos... son reales, pero no verificables científicamente. Por eso, las creencias ideológicas exigen datos; la experiencia de la fe, en cuanto relación y adhesión de amor a un Tú, sólo puede ser «mostrada» no demostrada; de esta realidad «creyente» podemos dar testimonio, pero no pruebas verificables científicamente. Pertenece a las cuestiones de sentido, no a la explicación de los fenómenos.

Conviene, por tanto, acercarnos a dos posibles modos de acceder a los textos bíblicos. Hay una forma de leer la Palabra de Dios que alimenta la ideología. Y otra que alimenta la fe.

3. La Palabra de Dios como mediación... ¿de ideologías religiosas o de fe?

Me parece necesario recordar una certeza de fe al comienzo de este apartado. Y es que Dios puede revelarse personalmente a los hombres y, además, quiere revelarse personalmente a los hombres.

La experiencia de fe es llegar a percibir y vivir esa comunicación de Dios. Mejor, Su autocomunicación. Por esa experiencia de fe podemos llegar a vivir, y estamos llamados a ello, una relación inmediata con Dios. ¿Cómo? Gracias a que Dios se comunica realmente y escatológicamente en Cristo Jesús por medio del Espíritu Santo.

La relación con Dios en el Antiguo Testamento estuvo sometida a la mediación de la ley. En el Nuevo Testamento Jesús revela esta posibilidad de mantener con Dios una relación inmediata. «A Dios nadie le ha visto sino su Hijo y a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mt 11,27).

Esta comunicación de Dios es real y se puede percibir, pero no se puede objetivar. El hecho de que Dios se revele real y perceptiblemente, pero no de forma objetiva, significa que Dios se nos revela en la historia y en nuestras historias. Nuestras historias están configuradas por una educación, por una psicología, por un contexto socio-cultural.

En este sentido, es necesario distinguir en el texto bíblico dos realidades: la experiencia de fe que testimonia ese texto y su representación socio-cultural. Todos los libros de la Biblia (AT y NT) pertenecen a una cultura precientífica. En una cultura precientífica toda la causalidad (la causa de todo lo que ocurre) se atribuye a Dios. Nuestra cultura es científica. En ella la causalidad ya no se atribuye a Dios.

Si no somos capaces de distinguir estos dos elementos, fe y representación socio-cultural, hemos de dejar la Biblia a un lado y recurrir a otras espiritualidades más acordes con nuestra cultura actual. Una de las claves se encuentra en recuperar la unidad de la Palabra.

Por otro lado, nos encontramos en una cultura que tiene al hombre como centro. Hasta hace pocos años, especialmente en España, Dios era evidente y Él era el referente de toda la realidad. Hoy no es nada evidente que Dios sea referente. Ni necesario para la realización del hombre, ya que Dios no pertenece al mundo de la necesidad, sino al del sentido.

La Biblia, una de las fuentes del Cristianismo, ha configurado la sociedad y la cultura occidentales. Eso es cierto. La misma Carta de los Derechos Humanos tiene profundas y amplias raíces cristianas. Pero la Palabra de Dios es algo más que un elemento configurador de la cultura, de la sociedad y de la cosmovisión que podemos tener. Si la Palabra sólo fuera cosmovisión o configuradora cultural sería ideología.

Hay que reconocer que en la Iglesia tenemos una gran tendencia a adoctrinar. Este adoctrinamiento me parece necesario en las primeras etapas de la educación religiosa, ya que la doctrina facilita «valores» de referencia para que el niño y el joven puedan llegar a un encuentro personal con Dios y Jesucristo. Utilizar la Palabra como elemento ideologizador permite desarrollar en los cristianos una determinada ideología, un sistema de creencias. Desde esta ideología y sistema de creencias, la Iglesia trata de dar respuesta a las grandes cuestiones sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo.

Pero si nos quedamos ahí, esta utilización ideológica de la Palabra se convierte en una trampa, ya que la Palabra no nos ha sido dada primordialmente como elemento ideologizador, sino como «mediación de la fe». Esta Palabra es «Espíritu y Vida». La Comunidad Cristiana (Iglesia) nos ofrece el testimonio externo de la Palabra. La Comunidad Cristiana con ese testimonio pretende suscitar la fe. Dios se nos revela y se nos comunica por medio de ella. Se dirige a nuestro corazón donde tiene que empalmar con el testimonio interior del Espíritu Santo. Sólo cuando se produce la conexión entre el testimonio exterior de la Palabra y el testimonio interior del Espíritu Santo en el corazón del creyente, es cuando se produce el acto de fe. Si no se da este empalme, la Palabra se queda en cosmovisión ideológica que acaba por alimentar creencias, quizá buenas, pero creencias religiosas que aún distan mucho de la experiencia de la fe.

Cuando la Palabra de Dios es mediación de la experiencia de la fe y no instrumento al servicio de la indoctrinación ideológica, toda la vida del creyente queda dinamizada:

+ porque en la relación interpersonal que se establece entre Dios y el hombre, Dios mismo se comunica.

+ porque en la oración se nos hace más íntimo que nuestra propia intimidad. «Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4, 12).

+ porque la Palabra discierne facilitando la autoconciencia y no cerrándola sobre sí misma.

+ porque la Palabra conduce a un comportamiento ético que no brota de la ascesis ni del voluntarismo, sino de la experiencia de Amor que provoca. De esa forma, el trabajo y la acción tienen una auténtica fundamentación.

En resumen. La pastoral hay que trabajarla en clave de «proceso», pues proceso es toda relación y, especialmente, la relación con Dios y con Jesucristo. Si se trabaja en clave de «adoctrinamiento», la experiencia dice que lo que termina produciendo son convicciones y éstas no dan vida. Si la pastoral es trabajada en clave de «proceso», la experiencia dice que la relación va quizá más lenta, pero produce procesos de transformación personal. Y esa transformación personal tiene como fuente la experiencia de un Amor más fuerte que la muerte.

4. Algunas pistas pastorales

4.1. Distinguir en la Palabra la experiencia de fe y su expresión socio-cultural

Apunté más arriba esta pista. Hacer la distinción entre la experiencia de fe que el texto transmite, para separarla de la forma en que nos ha sido transmitida (expresión socio-cultural) es algo más que limitarnos a conocer los típicos «géneros literarios». Conocer el género literario en que ha sido transmitido un texto es importante. Facilita una lectura que no sea mágica, ni literal, ni fundamentalista, ni espiritualista². Lo cual no es poco.

Distinguir la expresión socio-cultural implica reconocer que Israel por un lado y las Comunidades Cristianas primeras por otro, tomaron elementos culturales de Egipto, de Mesopotamia, de Palestina y de Grecia.

Teniendo esto en cuenta, es posible un acercamiento a los textos bíblicos desde nuestra mentalidad actual. Apunté más arriba y repito que nuestra cultura tiene al hom-

² Estas lecturas, en concreto, son desaprobadas explícitamente por el documento «La interpretación de la Biblia en la Iglesia» de la Pontificia Comisión Bíblica del año 1993.

bre como centro, no a Dios. Por lo mismo, todo lo que no haga al hombre más humano, lo humanice, no sirve ni se le presta atención. Por ello, algunas claves pueden ayudarnos a la hora de nuestra acción pastoral, especialmente cuando hemos de acompañar procesos de fe y no de adoctrinamiento:

+ Hemos de partir de la realidad que tenemos delante. Y, en concreto, de las personas que tenemos delante. Con su historia, psicología, iniciación cristiana o no, familia estructurada o desestructurada... En concreto, hay que distanciarse del texto y percibir qué experiencia humana ha generado ese texto. O, si se prefiere, qué experiencia humana subyace en ese texto.

+ Volver al texto. Si no lo hacemos, nos quedamos a mitad y, entonces, ayudamos a ideologizar. En el primer movimiento, por ejemplo, hemos podido aprender algo sobre los milagros de Jesús y si era un taumaturgo entre otros que existían. En el segundo movimiento, se trata de ver si los milagros de Jesús siguen revelándonos hoy su misterio.

Se trata, por tanto, de recuperar algo que, incluso entre los exegetas y teólogos está costando: leer el texto desde la misma perspectiva en que fue escrito. Y ésa perspectiva siempre fue la experiencia de fe vivida en una relación única de Israel con Yahveh y de Jesucristo con Dios Padre y con la gente de su tiempo.

4.2. *Los textos bíblicos permiten una lectura de fe y una lectura «interesada»*

El texto de Lc 5, 12 recoge la petición de un hombre leproso a Jesús diciéndole: «si quieres, puedes limpiarme». La lectura «interesada» dice: si me concedes lo que te pido, creo y confío en Ti. La lectura de fe no tiene en cuenta los resultados. Tanto si el Señor le cura como si no, sigue confiando en el Señor, ya que es Él quien tiene la última palabra sobre la persona.

Conviene ser conscientes de qué lectura estamos haciendo en cada momento de los textos. Puesto que la Palabra es mediación en el proceso de la fe, lo es también en la relación con Dios y con Jesús. Eso quiere decir que, al comienzo de la relación con Dios, es más frecuente hacer una lectura «interesada». A medida que el Señor nos va concediendo, siempre en la misma relación, sentido de revelación, empezamos a percibir la experiencia de fe y el alimento de fe que ese texto está ofreciendo.

4.3. *Función de la Palabra en la relación con Dios*

+ La Palabra es, como hemos apuntado, mediación privilegiada o, si se quiere, primordial, en la relación con Dios. Pero no es la única. Existen los testigos de la fe. Y